

po no se proporcionó embarcación. En esto se pasaron seis meses, durante los cuales, el capitán, que se había establecido en la isla, me auxilió con la mayor delicadeza, no permitiendo ni aun que vendiera las alhajas que tenía consigo. Una noche que me hallaba yo sola, en una modesta casita que habitaba, entraron dos hombres enmascarados, me taparon la boca, y me condujeron al puerto, donde me embarcaron en un buque. Ocho días después estábamos en Cádiz. Allí estaba preparado un coche; mis dos enmascarados me obligaron á entrar en él, y no paramos hasta el convento de\*\*\* en Sevilla, donde me dejaron. Después supe que mi padre, sabedor de todo, me había mandado buscar á la isla, y había ordenado se me tuviera en el convento por todo el resto de mis días. También supe que D. Diego, restablecido de su herida, se había embarcado después para México, con el fin de vengarse y perseguirnos.

Dos años y cuatro meses permanecí en el convento, hasta que se me dijo que mi padre había muerto en una de sus fincas de campo. Entonces, ya libre, salí de mi encierro, y tributé á su memoria los honores fúnebres debidos, y protesté que, arreglados mis asuntos, volvería al convento, y profesaría. En vez de hacer esto, vendí secretamente mis bienes, y el día menos pensado me embarqué para venir á buscarte, ó

al menos vivir en la tierra que escogimos desde un principio para pasar algunos días felices. Hace dos días que llegué á México, y me informé al instante de tí en la posada, y me dijeron cuanto yo necesitaba saber, añadiendo que tus paseos, eran constantes por este rumbo todas las tardes. Estoy ya en tus brazos, D. Juan, y ahora no temería la muerte si me sorprendiera.

—¡Leonor! ¡Leonor mía! ¡ángel adorable! dijo D. Juan abrazándola.

Las caricias mútuas se repitieron, y el amigo D. Antonio fué testigo de una de las escenas que causan más envidia.

## VI.

### EL AMOR Y EL CAMPO.

Nunca se desarrollan tanto los sentimientos de amor, como cuando se vive en la soledad del campo. Parece que el sol radiante, que se levanta diariamente entre celajes de púrpura y de oro, rejuvenece nuestro corazón; que el dulce gorgceo de los pájaros, es una sentida melodía, cuyas vibraciones van al fondo del alma. En una palabra, el murmullo de las aguas, el ruido de los árboles, el sople aromático de la brisa, el quejido de las palomas, esos paisajes siempre espléndidos, pero llenos de suavi-

dad y de dulzura; todo, en fin, tiene una influencia tan decidida en nuestra felicidad, que es imposible dejar de preferir la soledad y grato silencio de los campos, al bullicio y corrupción de las ciudades.

D. Juan y Leonor se casaron, y casi inmediatamente se retiraron á una finca, situada en medio de un país fértil y hermoso, por el rumbo donde hoy se halla situado Toluca. D. Juan y Leonor fueron felices, y esto era muy natural, después de tantos sufrimientos y aventuras, y cuando se habían creído separados para siempre.

D. Juan estaba ocupado la mayor parte del día, en las labores del campo y en mejorar su hacienda. Leonor estaba encargada del gobierno doméstico de la casa: así es que cuando se reunían para comer ó descansar después de haber tenido muchas horas de actividad y de trabajo, encontraban siempre asuntos agradables de conversación, ó motivos para hablar de su amor y de su felicidad. Los dos jóvenes, bellos, de idénticas inclinaciones, jamás tuvieron ni el más leve motivo de querrela.

Una noche que cenaban juntos, D. Juan desvió la conversación que se había entablado sobre el modo de establecer las colonias, y dijo á Leonor:

—Después de mucho tiempo, me acuerdo ahora de . . .

—De qué te acuerdas? dime.

—De D. Diego.

—¿De D. Diego? preguntó Leonor, dando á su fisonomía un aire de tristeza.

—Sí, de D. Diego, ¿no has oído hablar de él, después de la noche?

—Ni una sola palabra; ¿pero para qué recuerdas ahora esos tiempos tan tristes, y tan fatales para nosotros?

—Tranquilízate, Leonor mía, no volveré á hablarte de eso; ¿mas qué tienes? Te has puesto triste?

—En verdad, D. Juan, no lo puedo disimular. Al oír el nombre de D. Diego, un calofrío ha recorrido mi cuerpo, y mi corazón ha dado un vuelco.

—Son terrores vanos, Leonor, contestó D. Juan, enlazando con su brazo la delgada cintura de Leonor.

—Acuérdate de mis presentimientos cuando íbamos á bordo del buque, en aquel acontecimiento natural; pero respecto á D.

—Bien, una tormenta en el mar, es una noche tan serena, tan tranquila, . . . Diego. . . ¡Bah! quizás habrá muerto, nos habrá olvidado.

La conversación terminó, y en muchos meses los esposos siguieron disfrutando de felicidad.

Un domingo, D. Juan propuso á Leonor un largo paseo á caballo. Leonor consintió, y muy temprano se hallaban en camino, seguidos de algunos criados. Después de seis ó siete leguas de camino, entraron en un monte muy espeso é intrincado.

Nunca se había presentado á los ojos de Leonor un lugar donde la naturaleza ostentase más gallardía, más vigor y más pompa. Eran sabinos antiguos y altísimos, con sus cabezas llenas de heno; eran fresnos, sauces y ahuehetes, entrelazando sus ramas, y formando un espeso toldo de follaje. Al pie de estos árboles crecían plantas, flores y arbustos delicados, y para conservar la fertilidad, la frescura y la poesía de este monte virgen, raudales de agua clarísima corrían y se escapaban por todas direcciones, serpenteando, jugueteando, escondiéndose por entre las raíces de los árboles, ó bien saltando atrevidos por las grietas de las rocas, y formando pequeñas cascadas de blanca espuma. Una brisa deliciosa movía dulcemente el ramaje de los árboles; y multitud de primorosas y exquisitas aves poblaban aquella soledad y formaban con sus gorjeos un concierto delicioso. Se hubiera dicho que aquel monte, tan desordenado, tan exuberante, y al mismo tiempo tan bello, había sido la memoria de nuestros primeros padres.

—D. Juan, dijo Leonor á su esposo, apretándole dulcemente el brazo, qué hermoso y qué magnífico es este monte virgen. Créeme; experimento hoy una felicidad desconocida, unas sensaciones indefinibles.

Don Juan, enagenado con la perspectiva, sólo contestó dando á Leonor un beso en la mejilla.

Los criados y amos pasaron un río cristalino, y del otro extremo, en el centro de un bosque de rosas y campánulas, dispusieron las provisiones que habían llevado.

Al caer el sol, todos los viajeros regresaron á la hacienda.

—Sabes, esposo mio, dijo Leonor á D. Juan, que desearía vivir ocho días en este monte virgen. Me parece que en estos sitios tan pintorescos, nuestro amor se había de avivar y nuestros placeres habían de ser infinitos.

D. Juan no respondió una palabra; pero al día siguiente mandó construir en el bosquecillo de rosas del monte virgen una modesta casita, y algunos días después, seguido de algunos criados, se fue á instalar en ella en compañía de Leonor.

Dejo á la consideración de los lectores las delicias que disfrutarían los dos esposos, amándose ardientemente y viviendo el uno para el otro. Los reyes más poderosos no han sido nunca tan felices como lo fueron D. Juan y Leonor, durante los quince días que vivieron en el monte virgen. Las máximas delicias que se disfrutan en el mundo, son las que se disfrutan en el amor.

—D. Diego, exclamó D. Juan enagenado

## VII

## LOS DOS RIVALES.

Dos meses después del suceso que acabamos de referir, D. Juan, para asuntos de su comercio, vino á México y dejó á Leonor en la hacienda, prometiéndole regresar pronto. Un día se encontró con sorpresa en brazos de D. Diego.

—D. Juan, le dijo, ¿es posible que ya no os acordéis de mí, y me guardéis rencor?..

—D. Diego!

—El mismo soy en cuerpo y alma. He venido de ministro de la audiencia. Sabía que estabais aquí, ya casado con Leonor, rico, considerado feliz, y me alegro de encontrar un amigo.

—¿Cómo, D. Diego! interrumpió Don Juan; ¿me dáis sinceramente el nombre de amigo?

—Toma, y por qué no, contestó D. Diego sonriendo. Fuisteis más diestro que yo, y me disteis una ligera estocada. La muchacha os quiso más que á mí, y se fugó con vos: después de naufragios y aventuras os habéis casado. En cuanto á mí, sané, me casé, se murió mi mujer, y yo, fastidiado en España, solicité venir á México, y ya me tenéis aquí. Ningún rencor os conservo, lo juro, todo lo he olvidado: y no quiero más que vuestra amistad.

—D. Diego, exclamó D. Juan enagenado

por la franqueza de su rival, sois muy generoso, y de veras os doy mis brazos.

—Bien joven, bien; sois muy caballero.

—Y vos de un excelente corazón.

—Dejad á un lado los cumplimientos, y decidme dónde estáis establecido.

—A menos de veinte leguas de aquí. Es una bonita hacienda de campo, y os la ofrezco á vuestra disposición.

—Gracias, D. Juan...

—Sin ceremonia; cuento con que vendréis á pasar unos días con nosotros, cuando vuestras ocupaciones lo permitan.

—Con efecto, lo desearia; pero me será imposible. Con todo, tengo que excusarme ante la bella Leonor, y pedirle que me perdone, como á vos os lo he suplicado. Fui necio é injusto...

—D. Diego, callad, y no tratéis de avergonzarme.

—Bien, no hablaremos más de eso....

—Con esa condición os admito en mi hacienda, D. Diego.

—Y decidme, ¿tendréis por allí abundante caza?

—¡Oh! muchísima, y un sitio delicioso en el Monte virgen, veréis.... venid lo más pronto.

—Bien, os prometo estar dentro de quince días con vosotros. La caza es mi pasión favorita. Haremos algunas expediciones.

—Todo lo que queráis haré por complaceros.

Los dos antiguos rivales se separaron

más amigos que nunca, y dándose mutuas seguridades. D. Juan partió al día siguiente para su hacienda á contar á su mujer lo ocurrido, y hacer algunos preparativos para la recepción de D. Diego.

## VIII

## LA VENGANZA.

D. Juan llegó lleno de gozo y de buena fe, á anunciar á Leonor la reconciliación con su antiguo rival; Leonor se llenó de tristeza y de negros presentimientos; pero D. Juan la tranquilizó, y no pensaron sino en recibir dignamente al huésped.

El día fijado llegó en efecto, y fueron tan lisonjeras y al parecer tan llenas de sinceridad sus palabras, que Leonor se tranquilizó, hasta el grado de avergonzarse de sus sospechas y temores.

Fijóse el día para la cacería del Monte virgen, y muy de madrugada se pusieron en camino los tres personajes de nuestra historia, seguidos de multitud de sirvientes. La comida se verificó en la casita del bosque de rosas, y en seguida D. Diego propuso á D. Juan el que fueran á perseguir á los venados.

D. Juan aceptó; y apenas se hubieron separado, cuando un venado salió de unos matorrales y se encumbró por las lomas.

El venado contenía su carrera á cada momento, y los cazadores, con la esperanza de poseer un buen tiro, lo seguían.

Los que conocen y tienen afición por la caza, no creerán inverosímil que nuestros cazadores gastarán en esta ocupación muchas horas, seducidos por la esperanza y el deseo de apoderarse del animal.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron á lo más alto de la serranía. De un lado había enormes peñascos, y por el otro se formaba una profunda barranca, en cuyo fondo corría el arroyo que ya conocen nuestros lectores, pues ya hemos hablado de él. No había más espacio en este estrecho, que el indispensable para que pasara un hombre.

—Es imposible que aquí se escape el venado, dijo D. Diego, á no ser que se arroje al precipicio.

—Seguramente, dijo D. Juan. Nos pondremos detrás de esta peña y estaremos alerta. El venado, en efecto, pasó velozmente cerca de nuestros cazadores; pero encontrando el precipicio, dió un enorme salto, y lo salvó con felicidad, pues el barranco era, si bien profundo, muy poco ancho.

Los dos cazadores dispararon sus escopetas, pero sin causar daño al venado.

—Astuto animal, dijo D. Diego; se nos ha escapado. Véamos el precipicio por donde saltó.

Los dos cazadores se acercaron.

—Es muy profundo, y da pavor el verlo; contestó D. Juan, desviando la vista.

—¿Y qué diríais, D. Juan, interrumpió D. Diego, si acordándome ahora que me habéis arrebatado á la mujer que amaba, me habéis dejado agonizando en una calle, quisiera vengarme y os arrojara en este abismo?

D. Juan, sorprendido, miró fijamente á D. Diego.

—Es una chanza, D. Juan; pero sería muy gracioso que Leonor os viniera á contemplar despedazado en el fondo de este precipicio.

—D. Diego, no os burléis.

—Es una chanza, D. Juan; no os asustéis.

D. Juan, fascinado, se quedó mirando el sol que se ocultaba detrás de los montes, los pájaros que cantaban, la brisa que enviaba sus ráfagas perfumadas, los árboles que, felices, balanceaban sus copas verdes y pomposas. Luego bajó la vista á la profundidad, y un vértigo se apoderó de su cabeza. El naufragio, la felicidad que había gozado con Leonor, todo junto, indefinido, confuso, se agolpó en su mente. D. Diego, con su mirada, lo había fascinado como la serpiente á la paloma.

D. Diego entonces sonrió sardónicamente, y con su escopeta impulsó ligeramente á D. Juan por la espalda.

D. Juan vaciló un momento, quiso asir-

se de unas ramas, pero no pudo, y cayó al precipicio.

D. Diego inmediatamente rasgó sus vestidos, se hirió el rostro con unas ramas, tocó un cuerno de caza, y á grandes gritos comenzó á pedir auxilio. A poco los criados llegaron, y D. Diego les dijo, que á D. Juan se le había deslizado el pie, y había caído al abismo.

#### CONCLUSION.

Cuatro años después, una monja, fundadora de las Capuchinas, murió en olor de santidad. Era Leonor, cuyo cuerpo se encontró lleno de cilicios y lacerado por la penitencia.

D. Diego casi en ese tiempo regresaba á España; pero naufragó en las costas de la Coruña.